

EL TENIENTE GENERAL DE LA ARMADA DON JOSÉ PRIMO DE RIVERA Y SU ACTUACIÓN EN EL RÍO DE LA PLATA

Alejandro N. BERTOCCHI MORÁN
Historiador Naval

MUCHO se ha escrito e investigado sobre los treinta y ocho años de existencia del apostadero de Montevideo (1776-1814), pero desde todos los ámbitos se reconoce que la obra a él dedicada por el teniente de navío (CIME) don Homero Martínez Montero (1) representa el mayor esfuerzo de interpretación de este tan importante capítulo histórico para España y el Río de la Plata. Así pues, la figura de este marino uruguayo ha de ser tomada en cuenta toda vez que se necesite recrear la memoria de aquel pasado muchas veces relegado y otras tantas tergiversado.

Homero Martínez Montero, cronista de referencia del apostadero de Montevideo

Martínez Montero desarrolló una corta pero fructífera carrera en la Armada uruguaya, pues tempranamente tomó la decisión de dejar las cubiertas de los buques para pasar al mundo de la documentación histórica, donde descolló señaladamente.

En 1928 había egresado de la Escuela Naval con el distintivo de «mejor alumno del curso» del novel Cuerpo de Ingenieros de Máquinas y Electricidad. Y, ya desde sus primeros balbuceos navales (2), don Homero no pudo escapar del destino épico al que parecía predestinado por su nombre de pila. Y

(1) MARTÍNEZ MONTERO, Homero (Capitán de fragata): *El Apostadero de Montevideo, 1776-1814*. CSIC, Instituto Histórico de Marina, Madrid, 1968. Como se habrá advertido por la cita bibliográfica, al gran historiador naval uruguayo le cupo el merecido honor de que la Armada española le homologase su empleo militar.

(2) Su primera gran misión la desarrolla en el entonces flamante buque planero *Capitán Miranda*, portento de los astilleros gaditanos que entre 1931 y 1932 reveló cartográficamente las aguas desde Punta del Este hasta Rocha. El primer libro nacido de la pluma de Martínez Montero sería *Once meses en el Este*, donde el marino relata sus vivencias a bordo de este buque que cuarenta y siete años después sería transformado en velero escuela.

así, la notoriedad que le procuró la publicación de varios libros (3) fue tal que, ya para 1937, el mando le encomienda la creación del Servicio Histórico y de Información de la Armada, unidad pionera en la custodia del patrimonio histórico de la marina uruguaya de guerra.

En 1941, ya en situación de retiro, pasa destinado como asesor al Ministerio de Relaciones Exteriores, y al año siguiente obtiene cátedra en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, merced a lo que dictará una serie de conferencias en varias universidades e instituciones afines en Washington, Río de Janeiro y Buenos Aires. En 1959, mientras ejercía como director del Archivo General de la Nación, el electo gobierno nacional lo nombra ministro de Relaciones Exteriores, cargo que sostendrá hasta 1963. Durante su mandato se firma con la República Argentina el Tratado de Límites del Río Uruguay, sin duda el mayor logro de su ministerio, dada la enorme importancia que tuvo para ambos países platenses la plena confirmación de sus fronteras.

De esta forma, habida cuenta estas circunstancias, su nombre rayó alto en la consideración pública (4), por más que el acuerdo internacional antes mencionado adquiriese ribetes polémicos, y las discusiones que sus cláusulas suscitaron en el ámbito del Poder Legislativo alcanzaron una intensidad acorde con la importancia que esta firma tenía en las esferas políticas del momento. El ministro no pudo menos de verse inmerso en esta amplia polémica. Ciertos círculos criticaron el tratado porque el Estado uruguayo reconocía la soberanía argentina sobre algunas islas que desde siempre se habían considerado bajo jurisdicción oriental. De tales controversias existen registros escritos que manifiestan para la posteridad cómo las pasiones pueden afectar muchas veces a figuras que, por su jerarquía, deberían hallarse a resguardo de la injuria y la animosidad (5).

Cuando, en 1987, el autor de este artículo visitó el Archivo General de la Marina Don Álvaro de Bazán, emplazado en El Viso del Marqués (Ciudad Real), don Francisco Fuster Ruiz, a la sazón su director técnico, le señaló que durante varios meses Martínez Montero y su esposa se habían instalado en un

(3) Su obra más trascendental resultó *El río Uruguay. Geografía, historia y geopolítica de sus aguas e islas*. Publicado en 1955, este voluminoso trabajo fue determinante en su posterior nombramiento como ministro de Relaciones Exteriores.

(4) En 1970, durante la escalada terrorista contra las instituciones, se ofreció públicamente como rehén para lograr la liberación de los diplomáticos extranjeros secuestrados por la guerrilla urbana.

(5) La anécdota a que aludimos no tiene desperdicio. Durante la sesión de la Comisión de Límites de la Cámara de Senadores del 23 de mayo de 1961, en la que Martínez Montero, en su condición de ministro de Relaciones Exteriores, se hallaba presente, acaeció un enojoso intercambio de palabras entre este y el contralmirante (R) don Carlos Carvajal, a quien se había invitado para que expusiese su parecer sobre el tratado. Lo cierto es que este denunció en tono crítico que el principal negociador del referido convenio diplomático era, según tenía entendido, «teniente de navío del Cuerpo de Máquinas». La respuesta del ministro no se hizo esperar: «... quiero expresar que cuando una persona tiene cerebro puede poseer muchos conocimientos, inclusive de máquinas, y también de historia». CÁMARA DE SENADORES: *Texto y antecedentes del trámite parlamentario*. ROU, Montevideo, 1966, p. 77.

modesto hostel del cercano pueblo de Almuradiel. Desde allí acudían a diario al palacio del Marqués de Santa Cruz (sede del archivo-museo) para que don Homero desarrollase su investigación, esfuerzo que al año siguiente mereció la publicación de su libro sobre el apostadero montevideano. Esta publicación, de 272 páginas agrupadas en seis capítulos, incluye varios anexos documentales que debemos analizar, muy en especial el número 20, en el que se detallan buena parte de las declaraciones y exposiciones expresadas por parte de los marinos inculcados en los juicios instruidos por la Real Armada en la denominada «causa de la rendición de la plaza y la escuadra de Montevideo» (6).

De la lectura de dichas páginas se infiere que la situación que sobrellevaba España en 1815, año del que parten estos procesos, no podía ser más grave. La Monarquía había perdido el control del Río de la Plata de resultas del combate naval del Buceo (16-17 de mayo de 1814), que culminó con la infortunada capitulación de la plaza de Montevideo, cuyas cláusulas solo fueron cumplidas por los peninsulares (7). Y, si bien durante aquellos años se señalaba la posibilidad de que desde la Península zarpara una expedición para recuperar esos territorios australes, la situación interna de España lo impidió. Muestra de lo dicho son las idas y venidas de la expedición Morillo, que finalmente sería enviada sobre Nueva Granada.

La pérdida de Montevideo: galería de personajes

«El Plata es el único y verdadero antemural de la América del Sur». Esta frase del mariscal Cevallos, primer virrey platense, en aquel año de 1814 confirma la gravedad de los hechos, y es de notar que la pérdida de Montevideo había llegado en el momento más oportuno para la causa independentista, justo cuando el Deseado era repuesto en el trono hispano. En aquellos años turbulentos se escribieron algunas de las páginas más amargas de la crónica de España —entre ellas, el ocaso del Imperio— y se abrieron heridas que no cauterizarían hasta bien entrado el siglo xx.

Durante el periodo que vamos a reseñar en estas páginas (mayo de 1810-junio de 1814) prestaron servicio en aguas del Río de la Plata una serie de prestigiosos marinos que vivieron en cuerpo y espíritu la caída del bastión montevideano. En cabeza de estos prohombres debería figurar siempre el brigadier don José M.^a de Salazar, pues su estancia platense legó a la posteridad un fondo documental que aporta a los investigadores un fiel reflejo de

(6) MTNEZ. MONTERO: *op. cit.*, p. 248.

(7) Apenas traspuestas las puertas de la ciudad, el general Alvear abjuró de lo firmado pocas horas antes: «Dueño Alvear de la plaza su primer cuidado fue faltar a la fe de lo pactado, haciendo desarmar la tropa española, la cual fue incorporada al ejército argentino. El mismo gobernador Vigodet fue arrestado y enviado después a Río de Janeiro en un mercante». THOMAS, Eduardo: *Historia nacional*. Montevideo, 1950, p. 185.

todo lo acaecido en el espacio de que vamos a ocuparnos, dado que el entonces comandante del apostadero de Montevideo (8) desarrolló una tarea más de Estado que propiamente militar en aquel espinoso trance, ya irremisiblemente encaminado el proceso de la insurgencia a la consolidación de la independencia. Y ciertamente los brigadieres Jacinto de Romarate y José Primo de Rivera, el jefe de escuadra Juan Ángel de Michelena, más otros jefes como los capitanes de navío Miguel de la Sierra y José de Posadas, igualmente presiden con su figura esta dolorosa encrucijada histórica para España, en la que su secular vínculo con este rincón del Cono Sur empezaba a romperse.

Don José Primo de Rivera tuvo en su paso por el Río de la Plata una actuación señalada en los últimos días de Montevideo como plaza de soberanía española (1814), cuando la Junta de Buenos Aires lograba aprestar una flota de combate considerable. Su proceder en esa tesitura histórica ha sido objeto de una controversia que ha socavado su prestigio personal. Pero, antes de centrarnos en este episodio, haremos mención de su carrera de más de sesenta años al servicio de España, iniciada cuando con apenas quince años ingresara en los cuadros de la Real Armada. Para ello recurriremos a la detallada biografía que sobre nuestro prócer publicara Francisco de Paula Pavía y Pavía en 1873.

Semblanza de José Primo de Rivera

Nació don José Primo de Rivera en Algeciras el 28 de abril de 1777. Su padre, del que tomó el nombre, era capitán del Real Cuerpo de Artillería del Ejército, siendo su madre doña Antonia Ortiz de Pinedo y Anuncibay. Esta vecindad constante con el mar despertó en su alma, ansiosa de protagonizar acciones grandes, altas miras y el deseo de dominar sus indómitas aguas. Trasladado con sus padres, siendo muy joven, a las provincias de Venezuela, ingresó como cadete del Regimiento de Maracaibo el 18 de abril de 1789; pero, no habiendo desistido de su idea de servir en la Armada, se restituyó a la Península y sentó plaza de guardiamarina, en el Departamento de Cádiz, el 14 de mayo de 1792.

Concluidos los estudios elementales, embarcó en el navío *América*, con el cual, y con el nombrado *San Isidro*, cruzó sobre los cabos San Vicente y Santa María y las islas Terceras en el curso de la guerra contra la República francesa, protegiendo las embarcaciones de comercio que desde América navegaban hacia los puertos españoles. Ascendido a alférez de fragata, transbordó en 1794 a la corbeta *San Pío*, con la que navegó por el Mediterráneo llevando correspondencia y efectos para las escuadras de los generales Lángara y Borja, que operaban en aquel paraje en el marco de la guerra contra la

(8) Salazar ejerció este mando de junio de 1809 a noviembre de 1812.

Convención. A bordo de esta corbeta navegó por Barcelona, las costas de Italia, Cerdeña, Alicante, Almería y Mallorca, para regresar finalmente a Cádiz (9).

Transbordó en ese departamento a la fragata *Venus*, con la que llevó a la América septentrional la noticia de la paz de Basilea. Por orden del gobierno se quedó en el apostadero de Cartagena de Indias, siendo allí asignado a la Comisión Hidrográfica, que con tanto acierto dirigía el capitán de navío don Joaquín Francisco Fidalgo. Sobre el bergantín *Alerta* concurrió Primo de Rivera a todas las navegaciones y operaciones científicas que se practicaron para levantar cartas y planos de las costas, islas y puertos comprendidos entre el cabo de San Román, en el golfo de Maracaibo, y el Escudo de Veragua, al oeste del istmo de Panamá. En esta comisión concluyó Primo de Rivera su formación de oficial de Marina. Su participación en ella mereció no solo las mayores recomendaciones del jefe de la expedición, el citado Fidalgo, sino del comandante del bergantín *Alerta*, don Sebastián Páez de la Cadena, y de los demás oficiales de estado mayor integrados en la citada comisión.

Ascendido a alférez de navío en 1802, regresó a España y se presentó en el Departamento de Cádiz. Como quiera que en dicho año se alcanzó la paz con los ingleses y, por ende, se procedió al desarme casi general en todos los departamentos de la Península, Primo de Rivera, cuyo activo genio no podía acomodarse al monótono servicio del arsenal donde fue destinado, solicitó y obtuvo permiso para navegar en buques del comercio. Y así, en 1803 lo hallamos mandando la fragata mercante *Santa Teresa*, con la que hizo viajes a Maracaibo, Veracruz, La Guaira y Puerto Cabello.

En 1804 regresó a España y, ante la declaración de guerra con Gran Bretaña, se presentó en el departamento a desempeñar su servicio, siendo ascendido a teniente de fragata el 8 de diciembre de dicho año y obteniendo por real orden de 11 de marzo de 1805 el mando de la goleta de guerra *Sevillana*. Con ella condujo pliegos importantes remitidos por el gobierno a la América septentrional, a cuyo fin visitó los puertos de La Guaira, Batabano, Veracruz y La Habana, esquivando hábilmente la vigilancia de los cruceros ingleses. Regresó a España y tomó puerto en Camariñas, en la costa de Galicia, perseguido muy de cerca por una fragata inglesa de guerra, conduciendo después el buque de su mando a Ferrol para su desarme. El gobierno aprobó la inteligencia y proceder de Primo de Rivera en la comisión que con tanto acierto acababa de desempeñar, y en recompensa de este servicio lo promovió al empleo de teniente de navío el 2 de diciembre de 1805.

Siguió en el Departamento de Ferrol, embarcado en la fragata *Prueba*, hasta que en 1807 se organiza en Madrid el Consejo de Almirantazgo, bajo la presidencia del príncipe de la Paz, y es elegido ayudante del teniente general don Ignacio M.^a de Alava, uno de sus ministros. El levantamiento general contra los franceses del 2 de mayo de 1808 le sorprende en la corte. Enardecido

(9) En el curso de este periplo estaría presente en el sitio de Rosas.

do su corazón, acendradamente español, por la alevosía cometida contra la independencia de su patria, tomó activa parte en la noble causa nacional, y por orden de su general salió el día 3 siguiente de Madrid para Valencia con don Antonio de Escaño, otro de los miembros del Almirantazgo. Después de haber contribuido a exaltar los ánimos de los valencianos en defensa del reino, regresa a la capital, en la que poco después entrarán los franceses.

Tras lograr fugarse del Madrid ocupado, se dirige a la inmortal Zaragoza, ilustre baluarte de la independencia española, sometido a un severo bloqueo y atacado por las huestes imperiales, bajo las órdenes del general Lefebvre-Desnottes. José de Palafox y Melcy, valeroso caudillo de los aragoneses, acoge con agrado los servicios que le ofrece Primo, al que empleará con provecho en la resistencia al sitio. El 15 de junio del mismo año de 1808 nuestro protagonista concurre al combate de Las Heras, sirviendo la artillería que defendía el puesto del Portillo, desde donde, con su puntería y su valor, logró rechazar al enemigo. El 2 de julio siguiente mandó dos piezas de artillería situadas en la Huerta de Santa Engracia, durante el ataque a ese punto emprendido por los franceses, que fueron rechazados. Seguidamente se le entregó el mando de las baterías de Santa Engracia, Portillo, Puente de Piedra y la vigía de Torre Nueva, donde sirvió un mes y que era blanco principal de las bombas y granadas de los enemigos. Gracias a su celo, vigilancia y repetidos avisos, Primo consigue que la plaza no sea sorprendida en ninguna ocasión.

Cuando la resistencia de la plaza se tambaleaba a causa de la escasez de pólvora, comestibles y tropas derivada de la prolongación del sitio, fue comisionado por el general Palafox para que, en bote por el Ebro, procurase introducir en la plaza los perentorios socorros. Al efecto salió el 24 de julio, con grandes esfuerzos y un extremado celo, dispuesto a unirse a las tropas del marqués de Lazán, que escoltaban un convoy de víveres y pertrechos para Zaragoza. El 5 de agosto, Lazán consigue llegar con sus huestes a dos leguas de la ciudad, desde donde comisiona a Primo para que se adelante y entre por sí solo en la plaza, a fin de elevar el ánimo de los defensores con el anuncio de la proximidad del auxilio. Nuestro protagonista, con gran destreza y arrojo, atravesó la línea enemiga sobre el río Gállego, que logra vadear pese a la persecución a que le someten las partidas enemigas de caballería.

Una vez socorrida la plaza y robustecido el ánimo de sus valientes defensores, la resistencia contra los franceses prosiguió. Reñidos combates se sostienen casi a diario, hasta que el 14 de agosto los franceses levantan el sitio y se retiran hacia Tudela (10). Los zaragozanos, tan valerosos como devotos cristianos, al cerciorarse de la retirada francesa prorrumpieron en voces de alegría y loores al Todopoderoso, y rindieron gracias a la Virgen del Pilar. Concluido, pues, de esta gloriosa guisa el primer sitio de Zaragoza, Primo de Rivera fue comisionado para pasar a Madrid y luego a Sevilla, donde residía

(10) Las tropas napoleónicas, a costa de derramar mucha sangre, habían conseguido penetrar hasta las calles que desembocan en el Coso y dominaban extramuros el barrio del Arrabal.

la Junta Central, no sin antes haber recibido los plácemes del general Palafox, extremadamente satisfecho por el valor, pericia, celo y patriotismo mostrados por nuestro protagonista. Por estos servicios obtuvo la graduación de teniente coronel de Ejército —que luego le sería permutada con la de capitán de fragata de la Armada—, la Cruz del Primer Sitio de Zaragoza y la de San Fernando de primera clase.

Verificada su comisión en Sevilla, se presentó en el Departamento de Cádiz a hacer su servicio; y por real orden de 8 de noviembre de 1808 se le confirió el mando de la corbeta *Mercurio*, de 24 cañones, con la que salió para Valencia y otros puntos del Mediterráneo conduciendo pertrechos para los ejércitos que operaban por aquellos puertos.

De regreso en Cádiz, dio la vela para el Janeiro y Montevideo en comisión reservada de servicio, para fondear en este último puerto el 24 de septiembre de 1809. En el mando del expresado buque acreditó de nuevo su competencia, celo y energía (11). De vuelta en Cádiz el 2 de marzo de 1810, volvió a salir para Montevideo el 24 de mayo siguiente. Llegado que hubo el 5 de agosto, el gobernador de la plaza le comisiona para entregar a la junta revolucionaria de Buenos Aires la real orden que anunciaba la instauración de la Regencia que, con sede en la isla gaditana, gobernaría el reino en nombre de Fernando VII.

Finalizada esta comisión, el 15 de diciembre siguiente se le confirió, con reserva del mando de su buque, el de una división naval, con la cual sostuvo el bloqueo de Buenos Aires hasta el 21 de octubre de 1811. En este lapso sostendrá repetidas acciones contra los fuertes y baterías de la plaza y contra las embarcaciones armadas y fuerzas sutiles de que disponían los disidentes. El comportamiento mostrado en estas lides le harán merecedor del respeto del enemigo, la aprobación de sus jefes y el beneplácito del gobierno de S.M., que el 24 de mayo de 1811 le concedió la efectividad del empleo de capitán de fragata y la Cruz de Marina laureada.

Vida tan azarosa, en un clima por lo demás harto nocivo para los europeos, no pudo menos de causar un notable deterioro en la naturaleza de Primo de Rivera, por recia que esta fuera, así que el 21 de octubre de 1811, bien a su pesar y obligado por sus jefes, cesa en el mando de la escuadrilla para reponerse de tal cúmulo de fatigas en Montevideo. Aún convaleciente, fue comisionado por don Gaspar de Vigodet, virrey del Río de la Plata, para que pasase como encargado de negocios cerca del gobierno insurgente de Buenos Aires.

Luego de desempeñar allí esta importante comisión a entera satisfacción del virrey, el 2 de enero de 1812 reasume el mando de la corbeta *Mercurio* y de la escuadrilla, con la que bloqueó de nuevo la ciudad de Buenos Aires, donde sostiene casi a diario acciones con los disidentes. Algunos de estos lances son muy reñidos, señaladamente el del 4 de marzo, cuando Primo de

(11) Por esta época pensó Primo de Rivera en tomar estado. La elección de la que habría de ser su compañera en los cuidados domésticos y penalidades de la vida recayó en doña Juana Sobremonte, hija del entonces virrey de las Provincias del Río de la Plata, marqués de Sobremonte.

Rivera, al mando de las fuerzas sutiles, ataca las baterías del muelle. En esta acción verá cómo le echan a pique la lancha desde la que dirigía el ataque, y a las pocas horas experimentará idéntica suerte, aunque por último, ya a la caída de la tarde, embarcado en un bote y dirigiendo las operaciones, logra desmontar la batería principal del muelle, compuesta de ocho cañones de a 24.

A fines de ese mismo mes de marzo regresa a Montevideo para reparar averías y reponer víveres; luego, saldrá en comisión para el Janeiro. En agosto siguiente está de retorno en la capital de la Banda Oriental, donde permanecerá hasta el 5 de marzo de 1813, cuando, otra vez al mando de la *Mercurio*, zarpará para Lima a desempeñar una comisión importante cerca del virrey del Perú.

Regresa a Montevideo el 28 de febrero de 1814 con 300.000 pesos fuertes para las atenciones del servicio, después de haber verificado un viaje de ida y vuelta extremadamente expuesto, tanto por el mal estado de la corbeta —casco, aparejo y demás— como por los temporales que padeció, lances que solventó merced a su destreza en la maniobra. Al mes siguiente salió con el buque de su mando y una división naval también a sus órdenes a socorrer a la del capitán de navío don Jacinto de Romarate. Pero, como quiera que esta había penetrado en lo interior del río Uruguay, adonde las embarcaciones que mandaba, por su calado, no podían llegar, Primo de Rivera opta por retornar a Montevideo.

Desarmados sus buques, pasa con sus dotaciones a prestar servicio en las baterías de la plaza, desde donde participará en su defensa. Hecho prisionero tras la rendición, es conducido a los fuertes de la frontera, de donde logra fugarse en marzo de 1815, disfrazado de marinero y embarcado en una fragata inglesa con la que pasa al Janeiro. De allí arribará a Lisboa, desde la cual, por último, pasó a Madrid, donde se le permitió residir, siendo nombrado el 21 de diciembre de 1816 ayudante del decano del Consejo del Almirantazgo.

Con objeto de someter a la obediencia del gobierno español las provincias del virreinato del Río de la Plata, se reunió en los alrededores de Cádiz un cuerpo de ejército bien pertrechado al mando del conde del Abisal, y para escoltarlo, conducirlo y auxiliarlo en sus empresas se aprestó una escuadra bajo las órdenes de don Francisco Maurell. Primo de Rivera fue nombrado mayor general de esta escuadra y comandante de sus fuerzas sutiles (12). Fue promovido a capitán de navío el 12 de agosto de 1819. Siguió ejerciendo ambos cargos embarcado en las fragatas *Ligera* y *Pronta* y en el navío *Numancia*.

Sin embargo, a principios de 1820, ya lista la expedición, el comandante del 2.º Batallón de Asturias, Rafael del Riego, se subleva en Las Cabezas de San Juan, secundado por otros cuerpos del ejército expedicionario. La fuerza insurgente, avanzando por Andalucía sin tropezarse con mayor resistencia,

(12) La elección no pudo ser más acertada, puesto que, conocedor y práctico de aquellas costas, había dado además en ellas pruebas inequívocas de su bravura y diligencia marinera.

ocupa el Puente Zuazo y la Isla de León. Llegadas las cosas a este punto, los jefes de la escuadra, carentes de órdenes de Madrid, y de acuerdo con el comandante de la plaza de Cádiz, que tampoco las tenía, se determinaron a resistir a los insurrectos. En consecuencia, la tropa de marina de la escuadra, con el mayor general Primo de Rivera a la cabeza, desembarca en Cortadura, playa de la que toma posesión y contra la que se estrellan las huestes del general Quiroga, que trataron de proseguir su marcha para Cádiz. Conferido el mando de la fortaleza a Primo de Rivera, este, con su iniciativa y desvelos, logró ponerla en disposición de resistir con eficacia los ataques enemigos, hasta que, jurada la Constitución por el rey, la tropa se retira a sus buques y Primo de Rivera cesa en la comisión que había desempeñado hartamente.

Dispersado el ejército expedicionario, se procedió, como no podía ser menos, al desarme de la escuadra, y Primo, una vez que cesa como mayor general, es nombrado por real orden de 14 de abril de 1820 comandante del navío *San Julián*. El 19 de agosto siguiente pasó a mandar el *Asia*, con el que salió para Costa Firme, Veracruz y La Habana, de donde regresó a Cádiz con caudales el 17 de marzo de 1822. Cesó en este mando el 28 de mayo siguiente, y por concesión regia permanece en Sevilla con dos tercios del sueldo en espera de nuevo destino.

En 1823, cuando el rey y las Cortes marcharon de Madrid a Sevilla, y luego de esta a Cádiz, como consecuencia de la entrada en España de los Cien Mil Hijos de San Luis, Primo de Rivera no se movió de su casa. Y es que, aunque opuesto a los extremismos del Trienio, lamentaba en lo íntimo de su corazón la invasión extranjera, pues ante todo era un amante de la independencia de su patria. Las cosas así, los allegados del duque de Angulema, caudillo del contingente invasor, teniendo a Primo de Rivera por uno de los suyos le ordenan ocuparse de las cañoneras españolas que se armaban en Sanlúcar, con las que luego se bombardearía Cádiz. Cuál no sería su sorpresa cuando nuestro marino, con la entereza propia de un español leal, se negó a ello, alegando que jamás faltaría a sus juramentos, ni menos aún se asociaría a extranjeros para batir a sus compañeros de armas.

Esta conducta noble y decorosa le valió postergación y disgustos en los primeros años de la restauración absolutista, durante los que subsistió en Sevilla dedicado a los cuidados domésticos de su numerosa familia y a reponerse de las fatigas y sinsabores sufridos en su larga y honrosa carrera. Este paréntesis se cierra el 5 de enero de 1829, cuando por real orden se le confía la capitania del puerto de Cádiz, misión que desempeñó hasta el 1 de marzo siguiente, en que fue nombrado por S.M. comandante del navío *Guerrero*, uno de los que componen la escuadra del apostadero de La Habana. Trasladado a dicho punto en el bergantín *Jasón*, se posesionó del mando del citado navío el 13 de noviembre siguiente, para ser promovido a brigadier el 6 de diciembre del mismo año.

El 23 de abril de 1830 salió en el expresado buque para la Península. En la travesía, sobre el *Guerrero* se abatieron unos vientos duros y atemporados

que desarbolaron el palo mayor y el de mesana, lo que obligó a Primo a armar bandolas. La inteligencia y acierto con que lo hizo propiciaron que el navío consiguiera tomar puerto en Cádiz el 9 de junio siguiente, desde donde pasó al arsenal para su desarme. El 22 de mayo de 1831 se le nombró comandante general interino de La Carraca, destino en que permaneció hasta el 17 de mayo siguiente, cuando S.M. le encargó de la dirección del Colegio de San Telmo de Sevilla.

En este destino, en el que sirvió con la diligencia y celo de costumbre, se mantuvo hasta 1835, en que, hallándose la primera guerra civil carlista en su punto álgido, fue nombrado comandante general de las Fuerzas Navales de la Costa de Cantabria. Trasladado a dicho punto, embarcado en el vapor *Mazze-pa* recorrió la franja comprendida entre Santander y el río Bidasoa, cuyos puertos y radas, en su mayor parte, estaban en poder del enemigo.

El primer objetivo de Primo de Rivera, de acuerdo con lo por él propuesto al gobierno, fue privar a los carlistas de aquellos puertos que por fondo y extensión pudieran albergar embarcaciones de alto porte, tanto para que las armas de la reina Isabel II en la mar tuviesen la primacía necesaria y conveniente cuanto para evitar desembarcos a gran escala de pertrechos. Con estas miras se propuso sostener Guetaria y recobrar Pasajes, el mejor puerto del golfo de Vizcaya. Los carlistas concentraron sus fuerzas contra la población de Guetaria, cuyas tropas, pese a su brava defensa, no pudieron evitar que la plaza cayese y hubieron de retirarse al peñón, donde se erige un fuerte unido al continente por un estrecho istmo. Fuera de nuestro propósito queda describir las proezas que se sucedieron en la prolongada y aguerrida defensa del peñón, dirigida por el valiente don Juan Otalora, su malogrado gobernador. Pero sí señalaremos que el brigadier Primo de Rivera, considerando su conservación de suma importancia por las razones ya expuestas, lo socorrió infatigablemente con víveres, aguada, artillería, pertrechos, etc., en medio de un pertinaz temporal y, por añadidura, cuando los socorros debían ser por fuerza depositados en tierra, bajo el violento fuego de los carlistas. Pero, a la postre, estos esfuerzos se vieron recompensados pues, a pesar de los incesantes ataques y del pertinaz y riguroso bloqueo por tierra, el peñón y fuerte de Guetaria conservó siempre tremolante la bandera de Isabel II.

Siguiendo Primo de Rivera con sus operaciones sobre la costa, asistió y protegió con las fuerzas navales de su mando la salida de la guarnición de San Sebastián, a las órdenes del brigadier don Fermín Iriarte, el 10 de febrero de 1836, pasando enseguida a Bilbao para poner los fuertes y puntos marítimos de aquella ría en estado de defensa. El gobierno, satisfecho del proceder de nuestro protagonista, lo promovió a jefe de escuadra con una comunicación muy honorífica. El 27 de mayo siguiente, a la cabeza de las fuerzas navales de su mando, y en combinación con el cuerpo de ejército del general de Lacy-Evans, tomó posesión del puerto de Pasajes y de sus fuertes, practicó obras de fortificación para la conservación de aquel y rechazó los ataques carlistas del 6 y 9 de junio siguiente. En todos estos trabajos y operaciones, a despecho de sus años, el general Primo de Rivera se presentaba siempre

como un modelo de celo constante, valor y entusiasmo por la causa que defendía.

Con las mismas fuerzas navales dirigió por mar el ataque a la plaza de Fuenterrabía del 11 y 12 de julio del mismo año, acción sobre la que el general Evans, en su parte al gobierno, se expresaba en estos términos:

«Los vapores ingleses y españoles metieron en la ciudad de Fuenterrabía porción de granadas, y fue muy digna de notarse la intrepidez y arrojo de la Marina Real. No pudiendo los vapores y buques de cala subir más allá de la barra, el Sr. Primo de Rivera, de calado comandante general de las fuerzas navales de la costa de Cantabria, en persona, con las fuerzas sutiles, dobló la Punta de Hendaya, bajo el fuego del cañón enemigo, y en esta posición hizo fuego vivo sobre la plaza, bajo cuyos mismos muros llegaron unos 60 u 80 de sus hombres, y aun después de replegadas las fuerzas terrestres, se mantuvo en el río cañoneando al enemigo».

Prosiguió ejecutando operaciones con las fuerzas confiadas a su mando, hasta que, por real orden de 20 del mismo mes de julio, se le nombra comandante general de Marina del Departamento de Cartagena. De resultas de ello, en octubre siguiente cesa en el mando de las fuerzas navales y se traslada a la corte, donde se hallaba cuando fue restablecida la Junta de Almirantazgo, de la que el general Primo de Rivera fue elegido presidente. Esa distinción hubo de satisfacerle sobremanera, así como la concesión de la Gran Cruz de la Orden Militar de San Fernando, que S.M. le otorga por real título de 29 de octubre del propio año, en virtud de los servicios de guerra que había prestado a la cabeza de las Fuerzas Navales del Norte.

En el ejercicio de este elevado puesto demostró aún más si cabe su entereza y rectitud en el ejercicio del mando y aquella energía de carácter de sobra acreditada para sostener los fueros de la justicia y de la razón cuando creía que se atropellaban. En este sentido, habiendo sido desterrados de Madrid, por aquel entonces, dos oficiales de Marina por causas políticas, estos acudieron al general Primo de Rivera para que, como jefe del cuerpo, los amparase en su desgracia y les permitiese subsistir en la capital hasta tanto había ocasión de transferirse a los puntos a los que respectivamente iban destinados, para evitar, como sucedió al fin, que alguno de ellos cayera en poder de los facciosos que recorrían las provincias de la Mancha. Así lo hizo Primo de Rivera, y por este proceder, que el gobierno no juzgó aceptable, el 13 de abril de 1837 fue relevado de la presidencia del Almirantazgo y destinado de cuartel a Sevilla.

En las elecciones para diputados y senadores de 1837, y con arreglo a lo dispuesto en la Constitución promulgada en dicho año, la provincia de Cádiz lo incluyó en la terna para el Senado, y la Corona lo eligió al efecto. El 14 de junio de 1838 se le nombró comandante general interino del Departamento de Cádiz, destino que ejerció hasta el 8 de octubre siguiente, en que pasó a la capital a ocupar su escaño de senador. Fue nombrado ministro de Marina por real decreto de 12 de junio de 1839, en el gabinete presidido por don Evaristo Pérez de Castro, en el que asumió interina y fugazmente la cartera de Hacien-

da. Durante su ministerio se firmó el célebre convenio de Vergara, del que resultó la total pacificación de las provincias del norte de España, el más importante acontecimiento de las guerras carlistas. Como ministro interino de Hacienda se opuso a firmar contratos onerosos y a tomar decisión alguna que resultara lesiva para los intereses públicos, dando, en el desempeño de ambos cargos, pruebas inequívocas de probidad, entereza y patriotismo.

Su discordancia con algunas cuestiones políticas que por aquel tiempo se ventilaban en el seno del gabinete le llevó a presentar su dimisión como ministro de Marina, que S.M. se sirvió aceptar por real decreto de 21 de octubre siguiente, no sin manifestarle el aprecio con que miraba su lealtad y distinguidos servicios, en mérito de los cuales le otorgaba la Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden española de Carlos III, y poco después, la plaza de ministro del Supremo Tribunal de Guerra y Marina, del que fue separado por los acontecimientos políticos de septiembre de 1840. Sin embargo, retuvo su cargo de senador, desde el que asistió a este alto cuerpo en las célebres cuestiones de regencia y tutoría, siendo uno de los pocos que votaron en contra del gobierno de entonces.

Cesado que hubo en su cargo de senador, se restituyó a Sevilla. Allí permanecerá un tiempo, renunciando el destino de vocal del Almirantazgo para el que se le nombró en 1842, y allí se hallará cuando los acontecimientos políticos del verano de 1843. Habiéndose adherido al levantamiento general, la Junta de Gobierno de Andalucía le nombró comandante general del Departamento de Cádiz y de sus fuerzas navales, cargo en que le confirmó el gobierno provisional de la nación que reemplazó al del exregente Espartero. Habiéndose trasladado a desempeñar ambos mandos, los ejerció con prudencia y tino en aquellas críticas circunstancias, calmando los ánimos y aglutinando alrededor de su autoridad a todos los jefes y empleados de Marina, que pusieron fin a las divisiones y banderías pasadas. Su caballeroso porte y su honrado proceder le granjearon en esta ocasión el aprecio general de los miembros de la Armada.

Fue ascendido a teniente general por real decreto de 12 de septiembre, y por otra disposición del mismo rango se le nombró capitán general propietario del Departamento de Cádiz, con todas las facultades y preeminencias anejas a este elevado empleo. Elegido y nombrado nuevamente senador por la provincia de Cádiz, cesó en el mando del departamento y se presentó en la corte a tomar posesión de su asiento en la Cámara alta.

Por real decreto de 20 de enero de 1845 se le nombró comandante general del apostadero de La Habana, adonde se trasladó en la fragata *Cristina* para tomar posesión del mando el 5 de junio siguiente. Lo ejercería por espacio de tres años, durante los que emprendió la obra del varadero, que en su día produjo magníficos resultados, dada su capacidad para abrigar vapores de alto porte, y adquirió para el Estado los vapores *Castilla*, *León* y *Satélite*, el bergantín barca *Laborde* y la goleta *Juanita*. En 1846 se abatió sobre la isla un horroroso huracán equinoccial, que dejó daños y averías en todos los buques y edificios del arsenal, a lo que hizo frente con la decisión y brío que siempre lo habían distinguido. También durante su mando se establecieron para los españoles —y con éxito— las pesquerías de la costa de Campeche e islas adyacen-

tes, con el conocimiento explícito del gobierno de la península de Yucatán, que concedió al efecto las franquicias pertinentes en obsequio de las medidas adoptadas por los generales O'Donnell y Primo de Rivera, jefes de tierra y mar de la isla de Cuba, que auxiliaron a los yucatecos en la guerra que sostenían contra los indios. Relevado el general Primo de Rivera del mando del apostadero de La Habana en 1848, por haber cumplido el tiempo fijado para esos destinos, se restituyó a la Península en buque particular, dejando en aquel paraje la memoria de su excelente administración y recto proceder.

Llegado a España, fue nombrado por real decreto de 13 de octubre capitán general del Departamento de Cádiz; pero, habiendo caído gravemente enfermo en Sevilla, donde se hallaba, no pudo presentarse a tomar posesión de su nuevo destino. Habiéndoselo participado a S.M., este, en real orden de 13 de noviembre, se sirvió determinar que el general permaneciese en Sevilla el tiempo que estimase necesario para su restablecimiento, puesto que la de tan buen servidor del Estado era para S.M. atención privilegiada como la que más, y por consiguiente, no solo autorizaba sino que mandaba todo lo que contribuyese a ese fin.

Repuesto de sus dolencias, salió para Cádiz el 29 de noviembre, y al día siguiente tomó posesión de la Capitanía General del Departamento. En este destino dio nuevas pruebas de su energía y carácter, sosteniendo los intereses de sus subordinados y reclamando con firmeza del gobierno que las partidas consignadas para personal y material en los presupuestos se hicieran efectivas, y que los derechos de los empleados de Marina fuesen religiosamente respetados como acontecía con las demás corporaciones del Estado. Los sinsabores derivados de estas disputas socavaron aún más su quebrantada salud y, como consecuencia de ello, presentó la dimisión de su cargo, que S.M. se sirvió admitir el 23 de septiembre de 1849. Habiendo hecho entrega del mando, se restituyó a Sevilla, donde tenía su familia.

Abierta una nueva legislatura en 1852, a pesar de su avanzada edad y achaques, se trasladó a Madrid otra vez, para ocuparse de sus tareas de senador vitalicio —pertenecía al Senado desde su institución en 1845— y, al mismo tiempo, ver cumplido su deseo de apadrinar a su sobrino carnal don Fernando de La Puente y Primo de Rivera en su consagración como obispo de Salamanca, dignidad que ejercería decorosamente. Cumplido este deseo, una vez cerradas las Cortes regresó a su casa en Sevilla. Allí pasaba tranquilamente sus días, en compañía de su amada familia y rodeado del aprecio de los sevillanos, que reconocían en el veterano marino sus virtudes cívicas y militares, cuando un accidente apopléjico, sobrevenido la mañana del 25 de julio de 1853, terminó repentinamente con la existencia del general, dejando en la mayor amargura a su desconsolada familia, a sus numerosos amigos y al cuerpo de la Armada, que tenía el honor de contarle entre el número de sus más distinguidos generales.

Tal fue la vida del general José Primo de Rivera y Ortiz de Pinedo, benemérito de la patria en grado heroico y eminente, caballero Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III y de las militares de San Fernando y

San Hermenegildo; condecorado con la cruz de primera clase de la orden de San Fernando, con la de la Marina laureada, la del primer sitio de Zaragoza y otras, del Consejo de S.M. y su ministro, cesante en el Supremo Tribunal de Guerra y Marina, teniente general de la Armada y senador del Reino. Era el general un valiente y leal soldado, entendido marino y excelente ciudadano y padre de familia; su memoria permanecerá inmarcesible en el corazón de los que, como el que suscribe, reconocían sus eminentes cualidades, su talento y sus virtudes (13). Recorrer la vida del teniente general Primo de Rivera significa cruzar los años más tempestuosos de la vieja España, cuando, entre convulsiones, declinaba la estrella de su un día fulgurante imperio. Su existencia se entremezcla con la de toda una sugestiva gama de personajes en quienes se condensa la esencia de este tiempo de densidad histórica sin par (14).

Fidalgo, Álava, Escaño, Godoy, Carlos IV, Palafox, Fernando VII, O'Donnell, María Cristina, Espartero... son figuras decimonónicas cuyas vidas se cruzan con la de Primo de Rivera en aquellos momentos clamorosos, cuando España no solo veía cómo se le arrancaba su porción americana, sino que empezaba un largo calvario de casi ininterrumpidas querellas intestinas cuyas últimas estaciones, virtualmente, no recorrería hasta el siglo xx. Algeciras, Maracaibo, Veracruz, La Habana, Zaragoza, Madrid, Sevilla y siempre Cádiz, la ciudad donde pasó buena parte de su carrera como marino o representante público, son puntos de la geografía hispana que lo vieron pasar, siempre al frente de buques y hombres, forcejeando con los rigores del servicio a España y a la Corona. La Guerra de la Independencia, la restauración absolutista, el Trienio, la sempiterna querrela entre absolutistas y liberales, los Cien Mil Hijos de San Luis, el terror de 1824, las regencias, la primera guerra carlista, el abrazo de Vergara, la monarquía isabelina..., todos estos episodios componen el agitado trasfondo de la existencia de nuestro marino.

La etapa rioplatense de Primo de Rivera

Con tamaña hoja de servicios, su paso por el Río de la Plata parece un capítulo menor dentro de su carrera, dado lo fugaz de su paso por el estuario, aunque allí, en la señorial Buenos Aires, encontrase a la madre de sus hijos. Sin embargo, para este rincón de la España americana, los años que reseña Pavía, a semejanza de lo que sucedía en la Península, suponen el inicio de un tiempo turbulento del que arrancarán los procesos geopolíticos cuyo corolario será la fragmentación del territorio rioplatense. El decenio que va desde las

(13) PAVÍA Y PAVÍA, Francisco de Paula: *Galería biográfica de los generales de Marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación desde 1700 a 1868*. Madrid, 1873.

(14) Quizá haya sido Pavía, con su ágil pluma, su más reputado apologista, dada la vinculación que mantuvo con Primo durante los conflictos cántabros. Así lo rubrica en su semblanza el propio Pavía, que fue su secretario y ayudante en esos años.

invasiones inglesas hasta la capitulación de Montevideo en 1814 son fiel reflejo de lo señalado. La unidad territorial de la zona que imperó bajo el dominio español, fraguada desde la fundación de la gobernación platense, con aquella primera jefatura política enclavada en las frondosidades de la selva paraguaya (15), jamás se logrará recomponer. Y ello a pesar de los desvelos al respecto de los grandes caudillos hispanoamericanos, que encabezaron procesos que, más que guerras de independencia, fueron enfrentamientos fratricidas, es decir, guerras civiles. A la documentación nos remitimos.

Lo cierto es que Primo de Rivera desembarcó en el virreinato cuando este acababa de ser sacudido por graves acontecimientos —las invasiones inglesas— que lo habían despertado de una siesta de siglos (16). La crisis peninsular de aquel año de 1809, cuando la corbeta *Mercurio* echaba el ancla en Montevideo, se proyectaba hacia el Cono Sur. En esa hora, el sistema disuasorio articulado por la Real Armada en torno a la bahía de Montevideo, con el establecimiento del apostadero en agosto de 1776, mostraba patentes indicios de debilidad. El poder material de la Real Armada, en el que se sustentaba el control sobre aquellas tierras, se hallaba en el momento más bajo de su historia tras las debacles ya reseñadas, a las que debemos agregar, por si fuera poco, el desastre de Trafalgar.

Entrando en un análisis mayor, la generalidad de los historiadores plateneses convienen en que las invasiones inglesas (17) fueron el primer paso en el camino hacia la independencia de la región. Tales historiadores sostienen la tesis de que los criollos, en virtud de las invasiones de marras, advirtieron la debilidad del dominio hispano y comprobaron las bondades del sistema colonial británico; además, entienden que el rechazo armado al invasor inglés fue obra casi exclusiva de fuerzas locales, juicios superficiales que parecen traídos de los pelos a fin de forjar a toda prisa una conciencia nacional.

Todas estas aseveraciones tienen un sustento endeble. Lo cierto es que las Invasiones carecen de entidad propia y son un capítulo encuadrable en el conflicto entre Gran Bretaña, por un lado, y España y Francia por el otro, aunque retrospectivamente nos parezcan un doloroso prólogo del juntismo posterior (18). Es más: incluso los movimientos juntistas americanos de los años 1808 y 1809 van

(15) Asunción del Paraguay fue fundada el 15 de agosto de 1537 por Juan de Salazar. En 1618 Felipe III fija en la ciudad la gobernación del Río de la Plata, siendo Diego de Góngora nombrado a tal efecto. En 1776 Carlos III crea el virreinato, basando su capital en Buenos Aires. El mariscal Cevallos fue el primer virrey.

(16) El Río de la Plata se había visto libre de intrusiones extranjeras. Solo es de reseñar la injerencia portuguesa.

(17) Desarrolladas entre junio de 1806 y septiembre de 1807.

(18) La historia debería echar mano con más frecuencia de la economía. Se afirma que la presencia inglesa en el Plata abrió los ojos de los americanos a las bondades del «comercio libre», cuando la misma Gran Bretaña acababa de perder sus Trece Colonias a causa de su pesado sistema colonial impositivo. Podemos afirmar que la incursión británica tuvo una raíz económica y su designio fue únicamente abrir el comercio sudamericano a su incipiente industria, muy afectada por el bloqueo continental napoleónico. Más de cien mercantes acompaña-

a remolque de los acontecimientos de España y, carentes de todo designio independentista, proclamarán al unísono su absoluta fidelidad al rey prisionero.

El estreno público de José Primo de Rivera en el Río de la Plata es un hecho de gran significado en su vida, como reseña Juan Bautista Pavía, si bien es de subrayar que esta su primera estancia en tierras australes duró solo unos meses, pues ya a finales de ese año de 1809 partió hacia Cádiz con la *Mercurio*. Pero a su regreso de España, en agosto de 1810, en Buenos Aires ejercía el poder una junta revolucionaria que había depuesto al virrey Cisneros mediante un golpe militar el 25 mayo (19) (20).

Nuevamente en Montevideo, se le encomendará la primera misión diplomática de las muchas que cumpliría en lo sucesivo, cosa muy común, por otro lado, en aquellos turbulentos tiempos, en que los marinos debían mezclar sus actividades propias desde la cubierta de sus buques con toda suerte de procedimientos de corte civil y de índole política. El comandante del apostadero de Montevideo, brigadier José María de Salazar, quien había asumido su cargo el 3 de julio de 1809, encomendó a Primo de Rivera, de común acuerdo con el gobernador de la plaza montevideana, el brigadier del Ejército Joaquín de Soria, conducir a Buenos Aires una propuesta encaminada a que Buenos Aires jurara obediencia al Supremo Consejo de Regencia (21).

ban a la Royal Navy, y cuando esta capituló, los tales mercantes hubieron de malvender su carga a precio de saldo, lo que creó el espejismo de que la industria inglesa era más eficaz que la española, y los precios de sus productos, mucho más competitivos. El hecho de que estas mercancías llegaran en último término hasta el mismo Perú y Nueva Granada dio mayor pábulo aún a la entelequia.

(19) El paso del tiempo da lugar a la publicación de numerosas investigaciones que conforman un muy necesario revisionismo histórico y cuyos ecos, si bien no llegan al común de las gentes, son muy esclarecedores respecto de procesos no tan simples como acostumbra presentarlos la crónica ortodoxa. La gestación del cabildo abierto del 25 de mayo de 1810 fue alentada por los pronunciamientos de prestigiosos jefes militares bonaerenses, como el potosino Cornelio Saavedra, a la postre elegido presidente de la junta revolucionaria por las bayonetas de las milicias. Como colofón, corresponde señalar que el 15 de junio la junta bonaerense había expulsado íntegramente al cuerpo de Marina que prestaba servicio en Buenos Aires, de modo que, desde esa fecha, el apostadero de Montevideo se consagró a la tarea de defender a solas la causa de la Regencia, apoyado por la mayoría de la opinión oriental.

(20) Por esos mismos meses finales de 1809 que señalamos, el marino algecireño había dado el paso de desposar a Juana Sobremonte, una de las tres hijas cordobesas del exvirrey, que a la sazón, y casi a escondidas dado su desprestigio entre los criollos, se dirigía a España con su numerosa familia. El entonces virrey Sobremonte huyó de Buenos Aires con los caudales públicos durante el ataque inglés a la ciudad en junio de 1806. Alcanzado en Luján por el invasor y saqueadas sus pertenencias, se estableció en Córdoba. Regresó en 1809 a España, donde se le sometió a un consejo de guerra por su discutida conducta durante la invasión inglesa. Suspendidas sus sesiones por la Guerra de la Independencia, se reanudarían posteriormente, hasta que en 1813 fue definitivamente absuelto. Falleció en 1827. En honor de su persona señalemos que es uno de los administradores coloniales más destacados por la historiografía, sobre todo en virtud de su labor como gobernador intendente de Córdoba del Tucumán.

(21) Las relaciones entre la capital bonaerense y los montevidianos se hallaban rotas desde el mes de julio anterior, cuando el gobernador Soria envió a todos los jefes de la campaña y alcaldes de la Banda Oriental una misiva muy expeditiva que les instaba a acatar la autoridad

Esta misión ha sido profusamente comentada por los historiadores; y es el caso señalar que de la lectura de muchos de estos análisis se sigue que el proceso de ruptura entre el Rfo de la Plata y su lejana metrópoli se acercaba a un punto irreversible, circunstancia que afectaba asimismo a las dos grandes ciudades rioplatenses, las cuales, derrumbada la fuerza vertebradora de la metrópoli, habían echado a andar por la senda del enfrentamiento fratricida. Era la hora dorada del cantonalismo rioplatense, con Paraguay, Buenos Aires y Montevideo, cada uno por su lado, defendiendo sus particulares intereses, alumbrando una rivalidad soterrada durante mucho tiempo bajo el palio de la vieja España.

El enfrentamiento había alcanzado una entidad y un grado de envenenamiento tal que hacía muy dificultosa cualquier tentativa de diálogo. Aun así, aquel joven oficial de Marina, en un arranque de su genio, decidió el 14 de agosto descender de su buque para dirigirse al fuerte de Buenos Aires, a fin de entrevistarse cara a cara con el presidente Saavedra. Los bonaerenses habían decidido no recibir al enviado montevideano, resolución cuidadosamente meditada y muy a tono con la situación política general que se vivía. Y es que la Junta de Buenos Aires estaba decidida a todo en esas horas, incluso a prender la mecha de la guerra civil, de lo que daría prueba concluyente el derramamiento de la sangre del héroe de la Reconquista, el brigadier Liniers, fusilado sin misericordia el 26 de ese funesto mes, junto a Gutiérrez de la Concha y otros, en un oscuro paraje denominado Monte de los Papagayos (22).

Este hecho proporciona una justa imagen de los designios que primaban entre los principales dirigentes del movimiento juntista bonaerense, que usaban el nombre de Fernando VII de tapadera para sus maquinaciones. Y conviene que la historiografía tenga en cuenta desde qué lado se alentó el conflicto, y que en Buenos Aires la que marcaba la agenda política era la incipiente clase ganadera criolla, a cuyos intereses se habían unido los poderosos gremios portuarios, cubiertos unos y otros por el interés del mercantilismo británico, que les proporcionó un apoyo decisivo. Lo vivido por Primo de Rivera aquel 14 de agosto refleja buena parte del microclima político que reseñamos, y los entresijos de su entrevista con las autoridades bonaerenses —especialmente con el doctor Moreno, secretario de la Junta, que ofició de interlocutor válido, pues Saavedra se negó a recibirlo personalmente, como reclamaba el marino— son plenamente representativas del pensamiento de los juntistas. Y,

de Montevideo. En sus páginas se advertía de que «no se obedeciesen otras superiores órdenes que las emanadas de mí, y las de las legítimas autoridades, cuidando en el todo de su más exacto cumplimiento, y dándole de su conformidad el respectivo aviso, para los fines que pudieran convenir al mejor servicio del Rey nuestro Señor D. Fernando VII, y los de su soberana autoridad que en su Real nombre ejerce el Supremo Consejo de Regencia».

(22) Este crimen fue instigado por la clase jurista, pues los abogados eran mayoría en la junta bonaerense. «Esta bárbara sentencia la mandó ejecutar el enviado de la Junta Dr. Castelli (que llevaba órdenes del Dr. Mariano Moreno), por negarse a cumplirla el coronel Ocampo. Con este sangriento estigma se marcaba aquella Junta, que naciera el 25 de mayo sin mancha de una sola gota de sangre.» THOMAS, Eduardo: *Historia nacional*. Montevideo, 1950.

ciertamente, el modo en que fue despachado el asunto Primo de Rivera —apelando al formulismo más común, como si las exigencias del momento no urgieran— da la nota de cómo la única estrategia que se seguía era la de dar largas al asunto, por cuanto el juntismo bonaerense seguramente aguardaba que el contencioso europeo se resolviese en un sentido favorable a sus fines, que no eran otros que la independencia de la región, encabezada esta, por supuesto, por la señorial Buenos Aires.

La escena se desarrolló así. Primo de Rivera, ya en los salones del fuerte de Buenos Aires, entregó en mano al doctor Moreno un pliego donde constaba un oficio, fechado en Cádiz el 8 de febrero anterior, en el que el marqués de las Hormazas hacía saber al entonces virrey, Baltasar Hidalgo de Cisneros, la creación del Supremo Consejo de Regencia. Pero dicho sobre venía abierto por orden del gobernador Soria, aunque endosado por el notario montevideano Pedro Sáez de Cavia, cosa que fue oportunamente aprovechada para despachar el asunto sin tratar su especificación, dado además que la jerarquía del interlocutor (capitán de fragata) era insuficiente para «entrar en discusiones con la Junta». O sea que Primo de Rivera asumía, a los ojos de los bonaerenses, la condición de mero mensajero entre la Junta y la Regencia.

Como había que dejar debidamente acreditado el curso de la conversación, el secretario adoptó la decisión de convocar al escribano de gobierno, Ramón Basavilbaso, quien registró puntualmente un diálogo al cual, si no hubiese sido por las graves circunstancias en que se desarrolló, podría decirse que no le faltó cierta gracia. Don Mariano le señaló a «Don Primo» que la Junta le había prevenido en su momento de que, si no traía órdenes escritas o alguna credencial, daría por cerradas las conversaciones. Pese a todo, Primo había pedido una audiencia para presentar «un pliego abierto con las actuaciones labradas en Montevideo» (23):

«La Junta cree que el Supremo Consejo de Regencia entregaría a Vd. cerrado el pliego, que ahora parece abierto». “Sí señor, repuso D. Primo; cerrado se me entregó”. “Cree también la Junta —añadió el secretario— que el conductor de un pliego cerrado para el gobierno superior de una provincia no tiene facultad para abrirlo.” “Es verdad, repuso D. Primo, y nunca me hubiera atrevido yo a abrirlo sino que...” “Muy bien, señor —continuó el secretario—, si su comisión de Vd. era entregar este pliego, queda recibido en la forma con que se ha presentado; y aunque Vd. no está comprendido en la garantía condicional que le ofreció la Junta, por consideración a su persona y a la moderación y generosidad del nuevo gobierno, esta Vd. expedito para embarcarse ahora mismo”. D. Primo sacó entonces un pliego cerrado rotulado para la Junta, y dijo, “este pliego remite para la Excm. Junta el Gobierno de Montevideo”, y el secretario contestó: “La Junta no admite pliegos, ni sostiene relaciones con un gobierno refractario,

(23) MARCO, Miguel Ángel de: *José María de Salazar y la Marina contrarrevolucionaria en el Plata*. IHPA, Rosario (República Argentina), 1996, p. 205.

que ha roto escandalosamente los vínculos de dependencia a la capital, ultrajando la autoridad superior a que por ley constitucional del Estado, debe reconocerse sujeto”. D. Primo guardó entonces el pliego, y repitiéndose recíprocamente los ofrecimientos de urbanidad y atención, se despidieron» (24).

Y así se estrenó el entonces capitán de fragata Primo de Rivera en las lides políticas, en un momento crucial para el futuro del Plata (25).

Luego de estos hechos —de todos son conocidos los tristes sucesos del Monte de los Papagayos y la expedición punitiva bonaerense contra el Paraguay, que no había aceptado «fidelidad a los vínculos de dependencia a la Capital» (26)—, Salazar decidió, como era lógico, abrir las hostilidades contra la Junta de Buenos Aires. El bloqueo del puerto y las costas bonaerenses debería ser total, de forma que sus aguas quedaran cerradas a toda la navegación insurgente y, por supuesto, a los mercantes de cualquier bandera cuyo destino fuera dicha terminal. Empero, el hecho de que un abultado porcentaje de los mercantes que entraban en el puerto de Buenos Aires o partían de él arbolaran la *Union Jack* ponía una nota de incoherencia a la situación, dado que Gran Bretaña era por entonces firme aliada de España contra la Francia napoleónica.

Las instrucciones que recibió Primo de Rivera para cumplir lo que se le ordenaba y hacer efectivo el bloqueo eran tan ambiguas como la posición política de los británicos ante el conflicto Buenos Aires-Montevideo. Con los intereses británicos comprometidos, la situación se enredaba, y estos nexos mercantiles con la *City* fueron aprovechados oportunamente por los juntistas «porteños» (27):

«Ante la inminencia de un bloqueo de nuestro puerto por la escuadrilla española, la Junta, carente de fuerzas marítimas, recurrió a la protección de la división naval británica apostada frente a Buenos Aires. Invocando el nombre de Fernando VII, aliado entonces de Inglaterra contra Napoleón, y al que la Junta porteña se manifestaba adicta, esta negaba a las autoridades subalternas y alzadas de Montevideo el derecho soberano de declarar un bloqueo, señalando

(24) *Ibidem*, n. 51, p. 213, correspondiente a AGI, 156. Carta de Salazar a la Secretaría de Estado, 18 de agosto de 1810.

(25) El marino algecireño se había encontrado ante una de las figuras de la independencia rioplatense, el doctor Mariano Moreno, el mismo que poco después de esta entrevista firmaba la muerte de Liniers y que hallaría el fin de su vida durante un viaje a Londres, en marzo de 1811, a la temprana edad de treinta y dos años. «Yo he visto en la plaza llorar muchos hombres por la infamia con que se los entregaba; y yo mismo he llorado más que otro alguno, cuando a las tres de la tarde del 17 de junio de 1806, vi entrar a 1.500 ingleses, que apoderados de mi patria, se alojaron en el Fuerte y demás cuarteles de esta ciudad». Estas palabras, suscritas por el mencionado doctor con ocasión de la primera invasión inglesa, son expresivas de que el concepto de patria grande era común al linaje español americano.

(26) Esta aventura del juntismo bonaerense la encabezó el doctor Manuel Belgrano, quien con unos mil hombres atacó a las fuerzas paraguayas y resultó aplastantemente derrotado. Tras capitular en marzo de 1811, regresó a Buenos Aires.

(27) Mote con que los provincianos rioplatenses denominan a los habitantes del Gran Buenos Aires.

do hábilmente el perjuicio que este acarrearía, a la vez que las ventajas comerciales del nuevo orden de cosas para el gobierno inglés; por último, recordaba las manifestaciones amistosas del ministro en Río de Janeiro, lord Strangford, y comunicaba haber planteado el asunto directamente ante el Gabinete británico» (28).

Las unidades al mando de Primo de Rivera (corbeta *Mercurio*, bergantines *Belén* y *Cisne*, zumacas *Nuestra Señora del Carmen* y *Nuestra Señora de Aránzazu*, lugre *San Carlos* y faluchos *Fama*, *San Luis* y *San Martín*) se presentan ante la rada de Buenos Aires el 10 de septiembre, dando inicio al denominado primer bloqueo de dicho puerto. Pero prontamente surgen las fricciones con la Royal Navy, ya que el capitán Elliott, comandante de la estación platense, inició una serie de contactos con Montevideo conducentes a salvaguardar a los buques de bandera británica. El oficial inglés aceptaba el establecimiento del bloqueo contra la terminal bonaerense, señalando que a todos los mercantes de bandera inglesa que recalaran al Plata no les sería permitido tocar ni en Buenos Aires ni en Montevideo, y deploraba el conflicto que enfrentaba a dos ciudades de una misma nación mientras, allá en la lejana Europa, la Madre Patria combatía contra el invasor (29).

Por la lógica de sus intereses, vinculados casi enteramente al capital inglés, los dirigentes de Buenos Aires, empujados por los comerciantes británicos y por los criollos conexos con ellos, iniciaron al punto febriles gestiones ante el contralmirante De Courcy, comandante de la Royal Navy en el Atlántico meridional, que a la sazón se hallaba en Río de Janeiro custodiando a la familia real portuguesa; simultáneamente, las autoridades porteñas enviaban, como sabemos, al doctor Mariano Moreno a Londres a tratar cara a cara con las autoridades (30).

El 10 de octubre llegó la noticia de que Gran Bretaña desconocía el bloqueo por sendos pliegos que el teniente de navío Robert Ramsay entregaba a las autoridades de Montevideo y Buenos Aires, donde se señalaba que De

(28) CAILLET BOIS, Teodoro: *Historia naval argentina*. Emecé, Buenos Aires, 1944, p. 41.

(29) Estas observaciones de Elliott evidencian el pragmatismo británico y su buen juicio político, aunque para algún historiador argentino la actitud del comandante inglés fuera dudosa: «La extraña actitud de Elliott se atribuyó a sus intereses personales en un valiosísimo contrabando que motivó hacia entonces severa investigación». *Ibidem*, p. 42.

(30) En los días en que los buques de Primo de Rivera procedieron a ejecutar el bloqueo acaecieron dos o tres acciones dignas de mención; como la desarrollada el día 17, cuando un violento pampero provocó un abrupto y repentino descenso del caudal del estuario que dejó a la *Mercurio* clavada en el fango del fondo —cuya profundidad no debía de pasar de los tres metros—, a tiro de mosquete de la orilla. Inmediatamente los porteños se aprestaron a atacar al insignia enemigo, mientras Primo de Rivera improvisaba una balsa artillada a fin de cubrir su banda de estribor, cuya artillería, demasiado elevada sobre el nivel del horizonte, había quedado inutilizada. Pese a todo, el Plata recobró rápidamente su caudal habitual, abortando la intención adversaria de intentar aproximarse a base de carros tirados por caballos, chapoteando en el barro, apoyados por infantes.

Courcy, con sus buques, arribaría al punto al Plata, para intentar una mediación y, de paso, abrir el comercio británico con la costa bonaerense (31). Este giro en la posición británica provocó un serio choque entre Primo de Rivera y Ramsay ya el día 16 de ese mes, frente a la misma rada de Buenos Aires:

«Ramsay quedó, pues, accidentalmente en el puerto en lugar de Elliot y a los pocos días se produjo el primer incidente serio con los españoles. Habiendo estos detenido a un bergantín inglés, Ramsay fue a anclar con su pequeña goleta *Mistletoe* por el través de la poderosa *Mercurio*, fondeada en rada exterior, y se transbordó a esta con un intérprete. Trabose en discusión acalorada con el comandante, protestó del bloqueo, que calificó de arbitrario, pues Montevideo no tenía derecho a cerrar el tráfico del Plata a Inglaterra, aliada muy principal de España contra Napoleón, y agregó que, fuese cual fuese el resultado, emplearía la fuerza, llegado el caso, en defensa de sus derechos. Tan resuelta actitud hizo ceder al jefe español, temeroso de un conflicto con las fuerzas británicas. El bergantín detenido fue devuelto, quedando de hecho levantado el bloqueo» (32).

Este es el vidrioso contexto en que Primo de Rivera se vio inmerso y en cuyo marco hubo de tomar sus controvertidas decisiones. Es de señalar que, atento a este incidente con los ingleses, Salazar desaprobó el proceder de su subordinado, aunque desde nuestra óptica actual deberíamos preguntarnos qué rumbo tendría que haber tomado el algecireño, enfrentado como estaba a tamaño disyuntiva. Debemos entender lo poco factible del servicio que se le asignaba: un bloqueo que debía ejecutarse frente a una costa enteramente hostil, sujetos los buques a las inclemencias del clima platense, buques que además debían navegar sin descanso y, por si fuera poco, sin poder revisar los mercantes británicos, los más numerosos dentro del tráfico del puerto bonaerense.

«Aunque nada dijera en su despacho del día siguiente sobre el incidente con la *Mistletoe*, expresaba su decisión de reemplazar a Primo de Rivera, quien: “desde el principio no fue de mi opinión en el modo de hacer el bloqueo a Buenos Aires, y que a pocos días de estar en él me representó que se hallaba enfermo, lo que sentí infinito porque tiene conocimiento y tino para desempeñarlo y por lo que su venida podía influir en tan delicadas circunstancias en oficiales, soldados y marineros, porque el recurso de decir que se está enfermo es una mina inagotable para los que huyen del servicio”. A raíz de ello, había tratado de persuadir al capitán de que continuase en su mando, pero su insistencia lo ponía en el caso de reemplazarlo. Y en el último párrafo

(31) No obstante —todo hay que decirlo—, para entonces los comerciantes porteños, a despecho de los buques del apostadero montevideano, habían eludido repetidamente el bloqueo, aprovechando la abrupta orografía del Río y sus pésimas condiciones meteorológicas en primavera.

(32) *Ibidem*, p. 44.

de su oficio reiteraba su ya conocida opinión acerca del negativo influjo que las mujeres y los hijos tenían sobre el servicio de los miembros de la Real Armada: “no sé si la enfermedad de Primo sea tal como lo expresa; ha pensado siempre con honor, y creo lo continúe, pero el excesivo amor de su reciente esposa puede descartar su razón en términos que desvaríe su juicio”» (33).

El 21 de octubre de 1811 el capitán de fragata Jacinto de Romarate relevaba al frente de Buenos Aires a su colega Primo de Rivera, que pasaba a Montevideo, a disposición del mando, a fin de reponerse. La víspera se había firmado un armisticio entre Buenos Aires y Montevideo, forzado aquel por la situación en el norte argentino —con la peligrosa ofensiva peninsular desde el Alto Perú—, que venía a sumarse a la interesada intervención de lord Strangford y al fracaso del sitio terrestre a que había estado sometida la plaza montevideana desde mayo. Así pues, parecía que la situación tomaba otro cariz, aunque este armisticio iba a durar lo que un suspiro.

Cuando arribó a Montevideo, Primo halló una plaza muy distinta de aquella que había dejado meses atrás, pues el aspecto de la ciudad no podía ser más triste, desolada la campaña por una cadena de hechos a cuya sombra se estaba gestando la independencia de la Banda Oriental. Y es que, mientras el algecireño desgranaba singladura tras singladura en aguas del Río, en tierra se desarrollaba el drama conocido como del «éxodo del pueblo oriental», durante el cual la casi totalidad de la población de esta banda siguió al entonces coronel José Artigas hacia el norte, de noviembre a diciembre de 1811 (34), lo que, sumado a la invasión portuguesa, había dejado desolado el vasto territorio de la Banda, donde ahora solo imperaban contrabandistas, corambreros (35) y la folclórica figura del «matrero» (36). Tales eran las fatales consecuencias directas de la guerra: la destrucción de la hacienda pública y la depredación de los campos. Solo ciudades como Montevideo, Colonia y Maldonado lograban mantenerse enhiestas en medio del conflicto. Además, el puerto de Montevideo y sus actividades anejas habían salido muy malparados de los avatares del bloqueo y el conflicto resultante, cosa que, unida a un galopante contrabando, había empobrecido en grado sumo al gremio mercante.

Como señalamos, poco disfrutó Primo de Rivera de su estancia montevideana, pues el gobernador Gaspar de Vigodet, que había reemplazado en noviembre al virrey Francisco Xavier de Elío, decidió interpelar a la Junta de Buenos Aires, visto que el contencioso se prolongaba sin visos de resolución y

(33) MARCO: *op. cit.*, p. 231, según documentación del AGM.

(34) Don José Artigas, jefe de los Orientales, fue nombrado en 1815, por cinco provincias argentinas (Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, Córdoba y Misiones), protector de los Pueblos Libres y adalid del federalismo rioplatense. Al servicio de España, Artigas se halló al mando del Cuerpo de Blandengues de la Frontera y combatió contra los ingleses en las Invasiones.

(35) Recolectores de cueros vacunos que vagaban sin ley por los campos.

(36) *Matrero*: mote que los habitantes rioplatenses dieron a los salteadores de campos y haciendas, los cuales resistían alguna comparación, bien que lejana, con Robin Hood. Los hubo en Uruguay hasta bien entrado el siglo xx.

que de la Península no paraban de llegar malas noticias. El algecireño debería entregar en mano esta notificación (37). Y así, a finales de este crispado año de 1811, Primo de Rivera se halló con la *Mercurio* otra vez ante Buenos Aires. Sus instrucciones eran claras: si la Junta no daba una contestación concreta a la interpelación del gobernador, Montevideo denunciaba el armisticio y reiniciaba las hostilidades en todo su rigor, bloqueo incluido.

Pero los acontecimientos tomaron un rumbo que Montevideo no esperaba. No bien tuvieron en sus manos la minuta de Vigodet, los bonaerenses dieron a la *Mercurio* dos horas escasas para que abandonara las aguas de Buenos Aires. Y así, roto el armisticio, se reabría el conflicto armado entre ambos centros de poder; no obstante, las circunstancias habían variado un tanto respecto al periodo anterior, pues los bonaerenses iban poco a poco reuniendo una mediana fuerza naval aunque, justo sea decirlo, con medios casi enteramente anglosajones. Con este panorama, ya a primeros de febrero de 1812 Primo de Rivera declara el bloqueo de los puertos y costas de Buenos Aires, mientras en el interior de la plaza se desata una espiral de intrigas y conspiraciones, como la denominada «conjura de Alzaga», que en julio fracasaría en su intento de deponer a la Junta (38).

Con fecha de 4 de marzo se produce un disputado enfrentamiento entre la división de Primo de Rivera y las baterías de la ciudad, hecho que se conoce como el «tercer bombardeo de Buenos Aires» y que se saldó sin mayor provecho para ninguno de los bandos debido a la escasa profundidad del estuario a su paso por la ex capital virreinal. Esto obligó a Primo de Rivera a entablar un duelo de cañón entre sus buques y una batería, montada apuradamente con ocho piezas en la linde costera del puerto. Primo buscó aprovechar este lapso, y al mando de varias lanchas artilladas intentó, aunque en vano, acercarse al queche *Hiena*, que se hallaba fondeado en la rada, para incendiarlo. En esta acción la misma lancha por él mandada fue tocada y echada a pique, con lo que se vio forzado a continuar dirigiendo la lucha transbordando a otra que corrió idéntica suerte, hasta que a la caída de la tarde el encuentro armado culminó en tablas.

(37) Como se advertirá, entre el panegírico de Pavía, quien señala que Primo de Rivera, «muy a su pesar y obligado por sus jefes», había pasado a Montevideo para reponer fuerzas, y la carta ya señalada de Salazar, que ponía bajo sospecha la enfermedad de aquel, existe lo que en la investigación histórica se define como un punto oscuro. De todos es sabido que el abecé del rigor histórico dicta que la investigación se ciña a los documentos que maneja. Sin embargo, este ceñirse a la letra no basta en ocasiones para dar una interpretación cabal de ciertas tramas de hechos. A veces es menester leer entre líneas, y por entre ellas quizá el investigador vea asomar el resentimiento, los celos, el odio —también, por qué no, el amor—..., todos esos pecados que también conforman la humanidad de la persona y que, en múltiples ocasiones, dan la clave última para interpretar muchos acontecimientos, individuales y colectivos.

(38) Don Martín de Alzaga, como alcalde de primer voto, fue el numen de la resistencia bonaerense en la segunda invasión inglesa (1807), y gracias a su muy inteligente insistencia logró que los británicos aceptaran una cláusula donde se capitulaba que también Montevideo debería ser liberado. Víctima de las pasiones del momento, fue ahorcado junto a 38 adictos a su causa, por orden de la Junta de Buenos Aires, el 5 de julio de 1812, tras una intentona golpista para hacer reconocer a la Regencia. Buenos Aires seguía empapando de sangre la tierra platense.

A fines de mes Primo de Rivera fue citado por Montevideo, pero esta vez no para tomar un reparador descanso, sino para remozar la *Mercurio*, muy necesitada de carena y de otras reparaciones con vistas a la misión que barruntaba el gobernador Vigodet, quien sopesaba enviar una comisión a Río de Janeiro, nido conspirador donde los hubiera, para protestar de la conducta de la corte portuguesa en los sucesos del Plata, que ora apoyaba a Montevideo —como aliados comunes que eran España y Portugal contra Napoleón—, ora se avenía con Buenos Aires, como había sido el caso cuando el conflicto del caudillo Artigas con los centralistas porteños.

En junio, la *Mercurio* partió de Montevideo para rendir viaje en la entonces capital del imperio portugués, en cumplimiento la misión encomendada, y de seguro que lo que vio el marino en las pocas jornadas que permaneció en Río, con la bahía de Guanabara rebosante de buques, hizo mella en su ánimo. Era esta la tercera vez que acometía menesteres diplomáticos. Como recoge su hoja de servicios, José Primo de Rivera encaró en muchísimas ocasiones a lo largo de su carrera este tipo de misiones, cuyo número casi se equipara al de sus acciones de guerra (39).

En agosto siguiente, la *Mercurio* ya está en la bahía de Montevideo. Su estancia en la Banda Oriental, esta vez, se prolongaría algunos meses más, durante los cuales se consumaba el «segundo sitio» de la plaza, por lo que la corbeta tuvo que realizar misiones de vigilancia en aguas cercanas, apoyando faenas de pesca y otras operaciones de provisión de bastimentos.

Pero no sería por mucho tiempo, pues el 5 de marzo de 1813 Primo de Rivera ya está aparejando su corbeta para una travesía a la lejana Lima, adonde ha de acudir portando valiosos informes de la situación platense que debe entregar al virrey del Perú, de cuyo apoyo dependía la supervivencia misma de la acorralada Montevideo. Los documentos que hemos manejado no señalan por qué pasaje navegó la osada *Mercurio* para cruzar del Atlántico al Pacífico, pero es absolutamente seguro que fue por el cabo de Hornos, el mal denominado «pasaje de Drake» (40), por cuanto los derroteros de esta época, de confección española, se basaban en los informes emanados de los registros de las dos expediciones que, en 1785 y en 1788, mandó el capitán de navío Antonio Córdoba Lazo de la Vega, quien evitó el estrecho de Magallanes en toda su extensión (41). De resultas de ello, durante varias décadas, se prefirió pasar entre ambos océanos por el terrible

(39) Y vaya si le vino bien hallarse en la corte portuguesa, donde en ese momento «se cocinaba» la Historia. Allí concurrían don Juan, doña Carlota (hermana de Carlos IV), lord Strangford, la Royal Navy..., lo que convertía a la sazón ese rincón del mundo en un espacio históricamente privilegiado.

(40) Francisco de Hoces descubrió este pasaje en mayo de 1526, con la carabela *San Lesmes*, cincuenta y dos años antes que el corsario inglés. Cosas de la atroz «nordomanía» que afectó a muchos historiadores, al decir del uruguayo José Enrique Rodó.

(41) Entre los marinos que estuvieron a las órdenes de Córdoba hallamos a Cosme Damián de Churruca.

paso austral (42). El capitán de fragata Primo de Rivera consumaba una parte importante de su carrera rodeando el Cono Sur en una navegación hazañosa para buque y tripulación. Regresado el 28 de febrero de 1814, solo Pavía señala que la *Mercurio* se había expuesto a una navegación muy exigente, afrontando muchos temporales a plena satisfacción. En cambio, los informes sobre el particular recogidos en su hoja de servicios son muy escuetos.

Pero el Montevideo al que, una vez más, arriba Primo es una ciudad agonizante, y los elementos que la *Mercurio* traía a la plaza desde la Ciudad de los Reyes —nada menos que 300.000 pesos fuertes— eran una pequeña gota en ese mar de incertidumbres que vivía la causa peninsular en un momento en que el sitio arreciaba y, por añadidura, parecía que Buenos Aires había logrado armar una mediana fuerza naval. Pero, como si un destino errante lo condenara a no permanecer nunca más que unas horas con su familia, pocas semanas después de clavar el ancla en los fangos de la bahía, el 18 de marzo siguiente recibe orden de salir con una división en auxilio de los buques del capitán de navío Jacinto de Romarate, empeñado en un combate en la isla de Martín García. El apostadero de Montevideo tenía las horas contadas.

La salida de de Primo de Rivera al mando de unos escasos buques fue precipitada. Además, tres días antes el coronel de marina Guillermo Brown, al mando de la flamante flotilla bonaerense (43), había tomado Martín García y rechazado a Romarate hacia el interior del río Uruguay, lo que le colocaba en una posición de clara superioridad material y estratégica frente a los exiguos medios que podía poner en liza el mando montevideano. Y con Romarate definitivamente embotellado río arriba, librado a sus exiguos y exclusivos medios (44), las fuerzas montevidéanas, que subsistían merced a su dominio del Río, deberían por lógica hallar en el combate su tabla de salvación:

«Los enemigos han mudado su plan de campaña haciéndolo defensivo por tierra y ofensivo por mar y no debe de quedar la menor duda que siendo estas operaciones las más temibles y de mayor consecuencia para el abasto y el mantenimiento de la guarnición y vecindario y por consiguiente a la conservación de la plaza, es del primer objeto e interés el hacer los mayores esfuerzos para destruir sus buques o mantener la superioridad de las aguas».

(42) MARTINIC, Mateo: *Historia del estrecho de Magallanes*. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1977, p. 85.

(43) Aprovechando la extrema debilidad de España en la Península, Buenos Aires había planeado ya a finales de 1813 una campaña naval que aniquilara Montevideo. Hubo dos personajes clave en todo este asunto: el oriental Francisco Xavier de Viana y el estadounidense William White. El primero, como ministro de Marina, y el segundo, como inversor para la compra de buques y el enrolamiento de tripulantes.

(44) BERTOCCHI MORAN, Alejandro: «Romarate y Otorgués; un episodio de la insurgencia rioplatense», en *Revista de Historia Naval*, núm. 62. Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 1998.

Son palabras del coronel José de Villa Cevallos, segundo de las tropas montevidéanas, que evidencian algo que en esas semanas posteriores a la caída de Martín García (45) presagiaban los mandos de la sitiada plaza: si se perdía el dominio del Río de la Plata, la plaza caería rendida por el hambre (46).

Esta acción abre una página oscura en el historial de José Primo de Rivera, pues los pocos documentos que esclarecen algo los sucesos de aquel marzo de 1814 traslucen una gran indecisión en nuestro personaje. Y nótese que apenas tres meses después capitulaba Montevideo.

Poseemos la carta que Romarate envía a su colega Miguel de la Sierra (47), fechada el 11 de ese mes, cuando la situación en Martín García aún se hallaba en tablas. De sus líneas extraemos un dibujo bien nítido de la gravedad de la situación, y de la perentoriedad de que llegara por fin el auxilio en camino, so pena de que la plaza tuviera que capitular (48):

«Si V.S. ha echado fuera de ese puerto, como creo, a la *Mercurio*, *Paloma*, queches *Hiena* y *Cisne*, y se hallan sobre islas de Hornos o Balizas son perdidas las fuerzas de Buenos Aires, y si no será muy dolorosa su falta en esta acción tan crítica. Espero con la mayor prontitud me remita V.S. pólvora y municiones de todos calibres para reemplazar las gastadas en la acción que me tienen expuestísimo» (49).

A la postre, Primo de Rivera no llegó a socorrer a Romarate, hecho que le ha valido al algecireño censuras sin cuento, basadas muchas de ellas en fuentes documentales de poco fiar, que recogen juicios teñidos de subjetivismo formulados por personajes concernidos personalmente en el asunto. Y este descrédito del algecireño se extendió entre la opinión pública montevidéana, que halló en la presunta «indecisión» de Primo de Rivera para consumir el socorro la clave del dramático desenlace posterior (50). Lo cierto es que la travesía de su división de Montevideo a Colonia no fue muy afortunada pues, luego de conocerse la suerte de Romarate, se despachó en su auxilio, con pólvora y municiones, una de las lanchas de la corbeta *Paloma*, que varó muy presumiblemente en los fangos del canal de las Limetas. Este hecho, según se indicó en el informe respectivo, fue determinante para que Primo de Rivera desistiese finalmente de ejecutar la operación, tal como señala Martínez

(45) Martín García fue el despensero de la flota del piloto Juan Díaz de Solís que, en 1516, descubrió el Río de la Plata. La razón de que se impusiera su nombre a la isla es que el mencionado piloto fue allí sepultado. La posición estratégica del enclave hizo que fuese muy disputado y que en su día se le denominase «el Gibraltar del Plata».

(46) Archivo Artigas, Montevideo, t. XIV, p. 413. Cit. por ARGUINDEGUY, Pablo, y RODRÍGUEZ, Horacio: *Las fuerzas navales argentinas*. Instituto Browniano, Buenos Aires, 1995, p. 37

(47) El capitán de navío Miguel de la Sierra había relevado a Salazar en enero de 1812.

(48) MTNEZ. MONTERO, p. 169.

(49) *Ibidem*.

(50) *Ibidem*, pp. 169-170.

Montero, de acuerdo con lo establecido por el capitán de navío Miguel de la Sierra (51):

«En 18 de marzo siguiente salió mandando una división para socorrer a la que mandaba D. Jacinto de Romarate, y habiéndose informado por declaraciones tomadas a una fragata mercante inglesa, que dicho jefe se había retirado adentro del Río Uruguay el día antes de su salida de Montevideo y considerando se hallara más de 30 leguas de bajo fondo donde no podían navegar por su calado los buques de su División, determinó, con acuerdo de los Comandantes, el regresar al puerto de salida para recibir nuevas órdenes, a la boca del puerto en donde aprobando su regreso el comandante general del Apostadero le dio este la de que entrase» (52).

Esta decisión selló el destino de Romarate y, a la larga, el del mismo apostadero. No obstante, quien esté familiarizado con el régimen de aguas del Plata superior, con su cambiante batimetría y sus anárquicas corrientes —sobre todo en las fechas del año en que ocurrieron los sucesos que glosamos—, entenderá que las posibilidades de Primo de encaminar el auxilio a Romarate eran escasas, aparte de que Brown se hallaba ya en las cercanías de la isla de Martín García con casi todos sus buques, aguardando únicamente a que desde Buenos Aires se le arrimaran bastimentos: «Ansioso de apoderarme de la escuadra enemiga, que logró escapar aguas arriba por el río, como asimismo temeroso de que la misma regresara a Montevideo por las Consines o canal próximo, despaché en su persecución al queche, a la goleta apresada, a la cañonera, la balandra, el falucho y la pequeña lancha. La carencia de pólvora y proyectiles obligará al enemigo a rendirse. Por consiguiente, por ese lado no debe temerse peligro alguno, sino que Ud. debe precaverse contra la escuadra que se alista en Montevideo para dirigirse contra esta isla».

Así señalaba Brown, en carta de 22 de marzo al ministro bonaerense de Marina, los hechos de la toma de Martín García, la escapada de Romarate y su disposición de atacar a las fuerzas de Montevideo, es decir, al refuerzo al mando de Primo de Rivera (53). Como es de notar, la situación que enfrentaba Primo de Rivera era en extremo apurada. Si hubiera decidido forzar el paso, muy probablemente habría sucumbido ante Brown, o corrido la misma suerte que Romarate. Entendemos que, obrando como lo hizo, logró salvaguardar buques y hombres muy valiosos para Montevideo en los decisivos combates que se avecinaban, dicho sea en su defensa (54).

(51) *Ibidem*, p. 169.

(52) Archivo General de Marina Don Álvaro de Bazán, hoja de servicios de don José Primo de Rivera.

(53) ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA: *Documentos del almirante Brown*, t. I. Buenos Aires, 1958, p. 55.

(54) Sin embargo, la decisión del algecireño de no acudir en socorro de Romarate, como ya señalamos, ha sido la piedra angular sobre la que descansa la condena de sus detractores, más aún dado que estos se sirven de los documentos añadidos que serán sacados a la luz en los juicios desarrollados en España, luego de estos avatares.

Si lanzamos una breve mirada sobre la situación de la plaza de Montevideo en aquella hora, esta no podía ser más delicada. Nadie escapaba de las penurias del sitio, y la supervivencia dependía del dominio del mar. Según reza la crónica, varios miles de montevideanos habían muerto víctimas de la enfermedad, debilitada su naturaleza por el hambre y los rigores de la intemperie, habida cuenta que innumerables seres sin techo pululaban como espectros por el casco urbano. De más está señalar que esto se hacía sentir sobre todos, y sin duda muy en especial sobre las familias de jefes y marinos que componían sus fuerzas. Así las cosas, es inobjetable que la moral de la población tuvo que aflojarse. Las esperanzas de salvación de Montevideo dependían enteramente del auxilio peninsular, de ese ultramar al que todas las miradas se dirigían, oteando un horizonte que pronto se cubriría de velas enemigas. Entonces, no ha lugar a concentrar la responsabilidad de los hechos en una persona, a la vista de lo expuesto sobre lo desesperado de la situación estratégica montevideana, que solo podía haber invertido la llegada de buques y hombres del apostadero. El doloroso final llegaría pocas semanas después (55).

A partir de ahí, los hechos se suceden vertiginosamente. Buenos Aires sabe que ha llegado el momento, y lo sabe porque obran en su poder informes de que, en Europa, Napoleón se halla en retroceso, por lo que sus intereses le dirigieron a liquidar cuanto antes a Montevideo. La historia señala que, apenas vista la flota de Brown desde los muros de Montevideo, sus defensores asumieron la gravedad de la situación. Lo demás es sabido: el fin de la soberanía española sobre la plaza de San Felipe y Santiago, ciudad-puerto fundada por el «Manco de Lérida» (56) allá en el lejano 1724 por real orden de Felipe V, que no obstante, en medio de sus estertores, resistió y luchó a brazo partido para mantener su identidad hispánica, hasta que, ayuna de asistencia material, sucumbió con los ojos clavados hacia ese ultramar por donde jamás surgirían las velas salvadoras.

Hoy, a 200 años de la batalla del Buceo, habitantes de un subjetivista mundo posmoderno para el que toda verdad es relativa, el recuerdo de aquellas figuras del pasado común de España y los países del Río de la Plata debe mostrarse en todo su esplendor, para que las noveles generaciones de este rincón de América no olviden cómo emergieron a la luz de la Historia. Por último, diremos que a la luz de la prolongada carrera de Primo de Rivera y de los hechos de armas en que participó a lo largo de sus casi sesenta años de servicio, presumimos que esas jornadas montevideanas del año 14 componen quizá el episodio más negro de su existencia, a lo que tampoco eran ajenos, ciertamente, los padecimientos que sobrellevaba su familia. Confiamos en que ese sentimiento se haya deslizado en estas páginas que el lector tiene entre manos.

(55) «En 29 de abril fue relevado del mando de dicha corbeta *Mercurio* para quedar con el general de la Escuadrilla, y en 9 de mayo lo fue de este destino por enfermo». Archivo General de Marina Don Álvaro de Bazán, hoja de servicios reseñada.

(56) El capitán general don Bruno Mauricio de Zabala, fundador de Montevideo, perdió un brazo en el sitio de Lérida.